

## Homilías Domingo 32 (Ciclo B)

### + Lectura del Santo Evangelio según San Marcos.

*En aquel tiempo enseñaba Jesús a la multitud y les decía:*

*- ¡Cuidado con los letrados! Les encanta pasearse con amplio ropaje y que les hagan reverencias en la plaza, buscan los asientos de honor en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; y devoran los bienes de las viudas con pretexto de largos rezos. Esos recibirán una sentencia más rigurosa.*

*Estando Jesús sentado enfrente del cepillo del templo, observaba a la gente que iba echando dinero: muchos ricos echaban en cantidad; se acercó una viuda pobre y echó dos reales.*

*Llamando a sus discípulos les dijo:*

*- Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el cepillo más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero ésta, que pasa necesidad, ha echado de lo que tenía para vivir.*

### Palabra del Señor

## Homilías

(A)

Hablando un médico barcelonés sobre la importancia y el valor de los pequeños detalles y de las cosas insignificantes contaba que, en sus primeros años de médico cirujano, un día se encontró con un pobre tendido, revolcándose en el dolor en una calle de Barcelona. Se acercó y comprobó que padecía un ataque de apendicitis. Llamó a un taxi, se lo llevó al quirófano y lo operó. A los ocho días, al darle el alta, el pobre de solemnidad, que no podía pagar nada porque nada tenía, metió su mano en el bolsillo y, mostrando una peseta, le dijo: «Doctor, le doy todo cuanto

tengo». Y se la depositó en la palma de la mano. El médico cirujano terminaba diciendo: «Nadie me pagó tanto ni tan bien como aquel pobre. Me dio todo lo que tenía. Por eso le puse un marco a aquella peseta, que tanto ha significado en mi vida; y colgué aquel cuadro en un lugar preferente de mi despacho». Según el Evangelio de hoy, Jesús vio que una viuda pobre echaba unos reales en el arca de las ofrendas del templo, mientras muchos ricos echaban en cantidad, y dijo a sus discípulos: «Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el arca de las ofrendas más que nadie, porque los demás han echado de lo que les sobra, pero esta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir» (Mc 12,43,44).

No olvidemos que en aquellos tiempos, en que no había la Seguridad Social, los huérfanos y las viudas eran las personas más necesitadas.

En nuestro mundo, en este mundo de los hombres, la generosidad se mira por la cantidad y no por la calidad. Se valora más al que da mil euros que al que da diez, y al que da diez más que al que da uno. La prensa, las revistas alaban al que da una gran cantidad. Y en la valoración del trabajo ocurre lo mismo. El trabajo del pobre, del humilde, no cuenta, pasa desapercibido, mientras que el trabajo de los grandes, de los poderosos es muy nombrado y recompensado.

Un sacerdote cordobés, contó lo siguiente: «En mi parroquia, llamada Ojuelos Bajos, vivía un hombre paralítico de sus dos piernas. Pues bien; este señor se dedicaba a vender pescado para poder vivir y, para ello, le hacían montar en un borriquillo y a las cuatro de la mañana salía todos los días para Pueblonuevo, distante veinticinco kilómetros de su aldea. Recogía dos cajas de pescado, que allí le ponían sobre el borriquillo, y volvía de aldea en aldea vendiendo su pescado, terminando a las tres o a las cuatro de la tarde; y esto todos los días, en invierno y en verano. En una reunión que se tuvo en Fuenteovejuna para organizar un homenaje a una maestra de escuela, se me ocurrió preguntar por qué no se proponía a este hombre para la medalla al mérito del trabajo o para alguna otra condecoración, pero esta idea pareció tan descabellada que por respuesta sólo recibí una burlona sonrisa».

Hermanos, muy bien que a aquella maestra se le dedicase el homenaje, que por otra parte no había hecho sino cumplir fielmente con su deber. Hasta eso llegamos; se cumple tan poco que el que lo cumple se hace merecedor de un homenaje, pero ¿por qué no a aquel humilde vendedor de pescado, que por otra parte prestaba un magnífico servicio a todas aquellas aldeas? Dios, sin embargo, como hemos visto en las lecturas de hoy, tiene otra forma de valorar. No se fija tanto en la cantidad de la limosna sino en la calidad, porque no es lo mismo dar mil euros cuando se tienen doscientos mil y quedan todavía ciento noventa y nueve mil, que dar cien euros cuando sólo se tienen doscientos o nada más que los cien que se dan.

Y en el trabajo de los hombres ocurre otro tanto. Dios valora la intención, el esfuerzo, la alegría con que se hace; y los hombres, sin embargo, lo valoramos por su brillantez.

Ante los ojos de Dios el mismo valor puede tener el trabajo de un simple albañil que el trabajo de un ministro.

## (B)

### **La pobre viuda ha echado ...**

Una de las aportaciones más valiosas de la fe cristiana al hombre contemporáneo es, quizás, la de ayudarlo a vivir con un sentido más humano en medio de una sociedad enferma de «neurosis de posesión».

El modelo de sociedad y de convivencia que configura nuestro vivir diario está basado no en lo que cada hombre es, sino en lo que cada hombre tiene. Lo importante es «tener» dinero, prestigio, poder, autoridad... El que posee esto, sale adelante y triunfa en la vida. El que no logra algo de esto, queda descalificado.

Desde los primeros años, al niño se le «educa» más para tener que para ser. Lo que interesa es que se capacite para que el día de mañana «tenga» una posición, unos ingresos, un nombre, una seguridad. Así, casi inconscientemente, preparamos a las nuevas generaciones para la competencia y la rivalidad.

Vivimos en un modelo de sociedad que fácilmente empobrece a las personas. La demanda de afecto, ternura y

amistad que late en todo hombre es atendida con objetos. La comunicación humana queda sustituida por la posesión de cosas.

Los hombres se acostumbran a valorarse a sí mismos por lo que poseen o lo que son capaces de llegar a poseer. Y, de esta manera, corren el riesgo de irse incapacitando para el amor, la ternura, el servicio generoso la ayuda amistosa, el sentido gratuito de la vida. Esta sociedad no ayuda a crecer en amistad, solidaridad y preocupación por los derechos del otro.

Por eso, cobra especial relieve en nuestros días la invitación del evangelio a valorar al hombre desde su capacidad de servicio y solidaridad.

La grandeza de una vida se mide en último término no por los conocimientos que uno posee, ni por los bienes que ha conseguido acumular, ni por el éxito social que ha podido alcanzar, sino por la capacidad de servir y ayudar a los otros a ser más humanos,

El hombre más poderoso, más sabio y más rico, queda descalificado como hombre si no es capaz de hacer algo gratis por los demás.

Cuántas gentes humildes, como la viuda del evangelio, aportan más a la humanización de nuestra sociedad con su vida sencilla de solidaridad y ayuda generosa a los necesitados, que tantos protagonistas de nuestra vida social, económica y política, hábiles defensores de sus intereses, su protagonismo y su posición.

(C)

### **¿Qué es dar?**

En nuestra sociedad se nos está olvidando algo aparentemente tan sencillo como es dar. Muchos hombres y mujeres están dispuestos a dar pero sólo a cambio de recibir. Dar sin recibir les parece una estafa, un mal negocio, algo perjudicial.

Son personas que no se han desarrollado más. Han quedado ahí, sin superar esa etapa meramente receptiva y acaparadora. Sólo saben recibir. No han aprendido a dar.

Viven convencidos de que dar gratis, sin recibir nada a cambio, es empobrecerse, privarse de algo, hacerse daño a uno mismo. Algo propio de personas poco inteligentes y despiertas.

Sin embargo, estas personas saben dar lo que les sobra. Han encontrado el método sencillo para vivir encerrados en su egoísmo, sin sentirse turbados por las necesidades que hay a su alrededor. El dar lo que les sobra les proporciona la tranquilidad que necesitan para seguir su vida sin preocuparse apenas de nadie.

Se celebran fiestas fastuosas pero con un toque de carácter benéfico. Se mejora constantemente la comodidad del hogar pero con el cuidado de enviar el vicio mobiliario a "Traperos de Emaús" o a Cáritas.

Se renueva constantemente el atuendo y las prendas propias de cada estación y se adquieren nuevos equipos de montaña y de toda clase de deportes, pero con la preocupación de entregar la ropa usada a los pobres.

Hace unos meses subí a comer con la comunidad de "Los Traperos de Emaús". Pude contemplar una vez más toda clase de muebles, ropas, electrodomésticos, televisores y enseres increíbles. Allí se acumula gran parte de lo que nos sobra.

Pero allí mismo pude saber que aquellos hombres habían reunido con su trabajo y con la renuncia a la pequeña paga de Navidad, una cantidad de dinero para el pueblo de Etiopía, azotado por la sequía.

Entonces comprendí mejor que nunca la reacción de Jesús ante aquella pobre viuda que echó dos monedas pero, según Jesús, fue la que dio más que nadie.

Bajé convencido de que aquellos vagabundos, que viven en un edificio ruinoso reparado por ellos mismos, que duermen en habitaciones donde corre el viento y hasta la lluvia, que trabajan aprovechando los desperdicios de nuestra ciudad, habían dado más que todos nosotros a los hambrientos de Etiopía.

Estos hombres, aunque no lo sepan, son ricos. Porque no es rico el que tiene mucho sino el que da mucho. Estos son capaces de hacer lo que la mayoría hemos olvidado: dar algo más que las sobras.

(D)

## **Lo que nos sobra.**

Es gozoso descubrir cómo los ojos de Jesús se fijan siempre en los hombres y mujeres sencillos que saben vivir el amor de manera limpia y generosa.

Jesús observa a la gente que deposita sus limosnas en el templo. Muchos ricos ofrecen espléndidos donativos, pero pasan desapercibidos a sus ojos. Sorprendentemente, su mirada se detiene en una pobre viuda que echa la cantidad ridícula de «dos reales».

La alabanza de Jesús es aleccionadora. Esta pobre mujer ha sabido dar más que nadie, porque «los demás han echado lo que les sobra, pero ésta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir».

No está de moda la compasión. Se diría que para muchos es un sentimiento desfasado y anacrónico. Una actitud innecesaria en una sociedad capaz de organizar de manera eficiente los diversos servicios sociales.

En esta sociedad en que «creamos máquinas que obran como hombres y producimos hombres que obran como máquinas» (E. Fromm), corremos el riesgo de endurecer nuestro corazón y hacernos impermeables al dolor ajeno.

Se nos está olvidando lo que es la «compasión». Ese saber «padecer con» el necesitado y vibrar con el sufrimiento ajeno. Miramos a las personas desde fuera, como si fueran objetos, sin acercarnos a su dolor.

Cada uno corre tras su felicidad. Cada uno se preocupa de satisfacer sus propios deseos. Los demás quedan lejos.

Si la viuda sabe dar todo lo que tiene es, sin duda, porque «pasa necesidad» y comprende desde su experiencia dolorosa las necesidades de los demás.

Pero cuando uno se ha instalado ya en su pequeño mundo de bienestar y comodidad, es difícil «entender» el sufrimiento de los otros.

Sin embargo, parece que necesitamos conservar la ilusión de que hay en nosotros todavía algo humano y bueno. Y entonces, damos lo que nos sobra».

Nos tranquilizamos desprendiéndonos de objetos inútiles, muebles inservibles, electrodomésticos gastados. Pero no nos acercamos a los que sufren y necesitan quizás nuestra cercanía.

Y, sin embargo, el desvalido necesita siempre un calor, una defensa y una acogida que sólo el que sabe compadecerse le puede ofrecer. «El estado no puede visitar a los enfermos. Las estructuras no pueden ir a pasear con un inválido. ¡Tú sí!» (Ph. Bosmans).

### (E)

Cuando era seminarista, en el Seminario había como medio centenar de colmenas. Cuando llegó el momento de extraer la miel, el encargado, nos dijo el primer día: “pueden comerse toda la miel que quieran”. Para mí me sonó a fiesta. Por fin podía comer miel hasta saciarme. Pero cuál fue mi desilusión cuando después de hartarme de miel sentí que mi lengua se había como anestesiado. Había perdido el gusto y hasta la miel me repugnaba verla.

Había perdido la sensibilidad en mi lengua y en toda mi boca.

¿No nos estará sucediendo esto mismo con nuestra sociedad de bienestar que, de tanto consumo, perdemos la sensibilidad frente a las necesidades de los demás?

El Evangelio de hoy despierta en mí dos consideraciones:

Una, la sensibilidad de los necesitados hacia los necesitados.

Otra, el estilo de ver y mirar que tiene Jesús.

Es que en la vida todo depende de cómo la vemos y la miramos.

### *Sensibilidad de los necesitados*

Es interesante la frase de Jesús, mientras contempla a la viuda echando su limosna en el cepillo del templo. “*ésta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir*”. Es posible que su propia experiencia de “vivir en la necesidad”, la hubiese sensibilizado frente a quienes como ella están con la soga al cuello. Pareciera que es preciso pasar por esas experiencias dolorosas para comprender la experiencia de los demás. Quien nunca ha pasado hambre, no sabe lo que es el hambre.

Quien nunca ha sufrido sed, no sabe lo que es tener sed.  
Quien nunca ha estado enfermo, no sabe lo que es la enfermedad.  
Quien nunca ha estado solo, no sabe lo que es la soledad.  
Quien nunca ha carecido de una casa cómoda, no sabe lo que es que llegue la noche y no saber donde dormir.  
A veces las propias necesidades nos hacen comprender mejor las necesidades del otro, mientras que quienes nunca las han experimentado solo las conocen de memoria pero nunca les llegan al corazón. La pobre viuda, pasaba necesidad, por eso, desde sus propias carencias fue capaz de dar todo lo que tenía para vivir. ¿Alguien da más?

### *El estilo de ver y mirar*

Pero el Evangelio de hoy nos enseña también otra cosa. ¿Cómo miramos nosotros las cosas? Alguien pudiera decir: con esos centavitos de la vieja viuda, el tesoro de Templo no se engordará demasiado. En cambio, Jesús vio la cosa, no desde la capacidad de almacenamiento de las arcas del Templo, sino desde la generosidad del corazón. Las cosas son como las miramos. Tagore escribía: “¡Abre de par en par las puertas, que entre la luz de la mañana!” Todos, al levantarnos, abrimos las ventanas para que se airee la habitación. Porque una habitación cerrada mucho tiempo termina oliendo a humedad. Con nuestras vidas suele suceder algo parecido.

Si nos cerramos a los demás, poco a poco nos irá entrando la humedad y el moho en el corazón.

Pero si cada mañana comenzamos por abrir nuestras mentes a los demás, veremos que todos tienen una luz nueva.

Si cada mañana comenzamos el día abriendo nuestros corazones a los demás, nos iremos dando cuenta durante el día de que los demás son mejores de lo que pensábamos. Que no eran tan malos y que incluso pueden ayudarnos a ser nosotros mejores.

Si cada mañana comenzamos el día abriendo nuestra mano a los demás, luego los sentiremos más amigos y más cercanos a nosotros.

Alguien escribió que “el mundo es no como es, sino como nosotros lo vemos”. Algo parecido pudiéramos decir de los



demás. No suelen ser lo que son sino como nosotros somos capaces de verlos. Todo depende de cómo los miramos. Todo depende de cómo los vemos. Podrán tener muchos defectos. Pero para nosotros seguirán siendo como nosotros los vemos y miramos.

¿Cómo es para ti el mundo? Dime cómo lo miras.

¿Cómo son para ti los demás? Dime cómo los miras”.

¿Cómo es Dios para ti? Dime cómo lo miras.

Las ventanas no solo dejan entrar la luz en la habitación, también nos dejan ver la belleza del parque. La ventana de nuestros ojos no solo nos deja ver a los demás, sino que nos hace ver el interior y la verdad de sus vidas.

**P. Juan Jáuregui Castelo**